

## EL LÉXICO DEL ARAGONÉS LITERARIO COMÚN

Aleksey YÉSCHENKO\*

Universidad Lingüística de Piatigorsk (Rusia)

RESUMEN: El concepto del aragonés literario común es abordado desde la perspectiva lexicalista basada en la idea de que el léxico es una especie de la plaza mayor del lenguaje donde se dan cita todas las disciplinas lingüísticas, desde la fonética hasta la sintaxis. Por otra parte, el aragonés literario común es entendido como una forma supradialectal de la existencia de esta lengua que, además del lenguaje propiamente literario, incluye otras variedades —tanto locales como individuales— que se usan en otros ámbitos de la vida social, y se complementa y se enriquece con sus aportaciones. De ahí parte la propuesta de manejar el concepto de espacios lingüístico-literarios, entre los que destaca el de la literatura en aragonés común, formado por una obra colectiva de calidad que se eleva como capa superior sobre los territorios particulares de las literaturas cultivadas en hablas locales del aragonés.

PALABRAS CLAVE: Perspectiva lexicalista. Aragonés literario común. Lengua poética *vs.* lengua estándar. Lengua común *vs.* variedades locales. Palabras almacenadas *vs.* palabras en acción. Campos semánticos *vs.* isotopías textuales.

ABSTRACT: The concept of common literary Aragonese is addressed from the lexicalist perspective based on the idea that lexis is a kind of main square of language where all the linguistic disciplines meet, from phonetics to syntax. On the other hand, common literary Aragonese is understood as a supradialectal form of the existence of this language, which, apart from the literary language per se, includes other varieties – both local and individual – that are used in other areas of social life, and is complemented and enriched with its contributions. Hence, the proposal of dealing with the concept of linguistic-literary spaces, highlighting the literature space in common Aragonese, comprised of a quality collective work which rises up as an upper layer over the individual territories of literatures cultivated in local dialects of Aragonese.

KEYWORDS: Lexicalist perspective. Common literary Aragonese. Poetic language *vs.* standard language. Common language *vs.* local varieties. Stored words *vs.* words in action. Semantic fields *vs.* textual isotopies.

---

\* echenique@megalog.ru

RÉSUMÉ : Le concept de l'aragonais littéraire commun est abordé depuis la perspective lexicaliste basée sur l'idée que le lexique est une espèce de la Grande Place du langage dans laquelle se retrouvent toutes les disciplines linguistiques, de la phonétique à la syntaxe. Par ailleurs, l'aragonais littéraire commun est compris comme une forme supradialectale de l'existence de cette langue qui, en plus du langage proprement littéraire, intègre d'autres variétés (aussi bien locales qu'individuelles) utilisées dans d'autres domaines de la vie sociale, se complète et s'enrichit grâce à ses apports. De là découle l'idée de disposer du concept d'espaces linguistico-littéraires, parmi lesquels se détache celui de la littérature en aragonais commun, composé d'une œuvre collective de qualité qui flotte comme une couche supérieure sur les territoires particuliers des littératures cultivées dans les langages locaux de l'aragonais.

MOTS-CLÉS : Perspective lexicaliste. Aragonais littéraire commun. Langue poétique *vs.* langue standard. Langue commune *vs.* variétés locales. Mots stockés *vs.* mots en action. Champs sémantiques *vs.* isotopies textuelles.

## EL ARAGONÉS Y LA PERSPECTIVA LEXICALISTA

Primera regla del viajero: para saber adónde ir es bueno tener una idea clara de dónde se encuentra uno, cuál es el punto de partida para una nueva singladura que, hace tan solo unos instantes, figuraba como punto de llegada en el itinerario del viaje anterior, azaroso y accidentado, porque las condiciones del entorno y las circunstancias y voluntades ajenas han hecho que la ruta real del viaje, que se dibujaba tan rectilínea y uniforme en la mente del viajero, se haya vuelto tortuosa, intrincada y poco menos que impracticable en algunos de sus tramos.

En el caso del aragonés hablado, la evaluación de la situación a la que ha llegado esta lengua minoritaria tras recorrer un largo camino no es nada prometedor. Veámos el diagnóstico de su salud que nos ofrece Francho Nagore en un trabajo de hace cinco años:

No hay duda de que los hablantes del aragonés hace tiempo que tienen «dudas colectivas acerca de la utilidad de la lealtad idiomática». En algunas zonas del Alto Aragón, hace más de un siglo; en otras, hace cincuenta años o más recientemente. De hecho, en la mayor parte del Alto Aragón, esas dudas, surgidas antes o después pero por lo general a lo largo del siglo XX, han llevado a una situación actual en que los menores, los niños y las niñas —con la ayuda inestimable de la escuela y de la televisión—, ya solo hablan el castellano. Y a veces, ni siquiera tienen ya un conocimiento pasivo del aragonés. (Nagore, 2002: 983)

Y, haciendo uso de la terminología propuesta por Claude Hagège y Stephen Wurm, Francho Nagore llega a las siguientes conclusiones:

en la mayor parte del Alto Aragón se ha sobrepasado ya la fase de *precarización* —fase en que todavía se encuentran algunas otras zonas del propio Alto Aragón— y se ha llegado a la fase de *obsolescencia*, preludio de la *sustitución* y por tanto de la *extinción*. Puede decirse, pues, que dentro de la clasificación de cinco niveles utilizada por Stephen Wurm, el aragonés, en una gran parte del Alto Aragón, se encuentra en el tercer nivel, el de las lenguas *en grave peligro* («sus hablantes capacitados más jóvenes tienen 50 años o más»), o en el cuarto nivel, el de las lenguas *moribundas* («en ellas queda tan solo un puñado de hablantes capacitados, la mayor parte de ellos muy ancianos»). (Ibídem, p. 984)

Un diagnóstico como este no parece darle al aragonés hablado muchos años de vida, pero de todos es sabido que, a lo largo de los últimos treinta y tantos años, asistimos en Aragón a un proceso de recuperación del patrimonio lingüístico autóctono desarrollado por quienes postulan el proyecto del aragonés común. Tampoco es secreto para nadie que dicho proceso ha venido desarrollándose en un ambiente, digamos, enrarecido porque, hasta el día de hoy, en Aragón no se ha implementado un sistema de medidas que permita hablar de la existencia de una política lingüística coherente que se proponga algo más que declarar, como lo hace el artículo 7 del Estatuto de Autonomía de Aragón, que «Las diversas modalidades lingüísticas de Aragón gozarán de protección, como elementos integrantes de su patrimonio cultural e histórico». De hecho, siguen estando vigentes las conclusiones a las que Francho Nagore había llegado hace siete años:

Son las asociaciones culturales las que siguen llevando el peso de la normativización (Consello Asesor de l' Aragonés) y de la normalización social, encargándose de su enseñanza, promoción, difusión, etc., ante la práctica inhibición de las Administraciones Públicas. (Nagore, 2001)

Pese a todo, el sostenido esfuerzo de diversas asociaciones culturales y de un grupo de intelectuales —escritores, periodistas, profesores universitarios, etcétera—, que no ha cesado a lo largo de este tercio de siglo, ha dado sus resultados, de modo que hoy ya podemos hablar del tema del aragonés literario común representado por un corpus de textos nada desdeñable.

¿Quién iba a pensar hace cuarenta o cincuenta años que, a principios del siglo XXI, las fuentes bibliográficas del aragonés escrito presentarían un número tan considerable de libros de ficción —fundamentalmente de poesía y narrativa— y de todo tipo de textos, que se publican en forma de libros y actas de congresos o bien en revistas cuyo número crece de año en año? Remito a quien desee apreciar el balance de los primeros treinta años de este accidentado proceso de recuperación del aragonés a otro trabajo de Francho Nagore (2005).

El autor de este trabajo se aproxima al aragonés desde fuera —desde otra lengua y otra cultura— y es natural que, en el proyecto de promoción del aragonés en nuestro país que desarrollamos algunos hispanistas rusos, un peso considerable le corresponda a la traducción: para que me entiendan mis alumnos y sobre todo los lectores de mis traducciones de poetas y narradores aragoneses que desconocen tanto el aragonés como el castellano, me veo obligado a sustituir o acompañar los textos originales escritos en aragonés por sus respectivas versiones rusas. De ahí que el material lingüístico que ocupa una parte importante de mis horas de trabajo y de ocio quede constituido fundamentalmente por el léxico del aragonés literario común.

Antes de continuar, quisiera intercalar una pequeña aclaración. Soy enemigo jurado de la traducción literal y me sitúo en el bando contrario, formado por quienes comparten la idea de que, en la traducción de un texto, lo ideal sería «traducir de una tacada el texto completo», aunque en vez de *de una tacada* yo preferiría hablar *de una sentada*.

Ahora bien, este complejo ejercicio lingüístico que es la traducción humana, antes de coronarse con éxito en forma de una versión del texto original en otra lengua, pasa por una larga etapa previa durante la cual la palabra del texto original cobra especial importancia y la labor del traductor se convierte en ese dulce tormento de inmersión en los secretos del significado de todas y cada una de las unidades del texto portadoras de sentido. A este tormento de lectura en profundidad que supone el trabajo del traductor se refería Goethe cuando describía los esfuerzos de Fausto —los lectores de Goethe sabemos que, en realidad, estaba hablando de sí mismo— por traducir la palabra *logos*:

Escrito está: «En el principio era la Palabra»... Aquí me detengo yo perplejo. ¿Quién me ayuda a proseguir? No puedo en manera alguna dar un valor tan elevado a la palabra; debo traducir esto de otro modo si estoy bien iluminado por el Espíritu. Escrito está: «En el principio era el Sentido»... Medita bien la primera línea; que tu pluma no se precipite. ¿Es el pensamiento el que todo lo obra y crea?... Debiera estar así: «En el principio era la Fuerza»... Pero también esta vez, en tanto que esto consigno por escrito, algo me advierte que no me atenga a ello. El Espíritu acude en mi auxilio. De improviso veo la solución, y escribo confiado: «En el principio era la Acción». (Goethe, 1987: 141-142)

De modo que, en su lucha por traducir la palabra y el concepto *logos* a una lengua humana —la alemana, en su caso—, Goethe está pasando sucesivamente de *Wort* ‘palabra’ a *Sinn* ‘sentido, significado, idea’, *Kraft* ‘vigor, fuerza, poder’ y *Tat* ‘hazaña, hecho, acción, actividad’. Y esta riqueza de sentidos que Goethe, por medio de Fausto, descubre en el *logos* bíblico se convierte en una fuente donde bebe el ser humano y se inspira para dotar de los mismos poderes a su propia palabra.

Después de familiarizarse con el sentido de cada vocablo, el traductor pasa a trabajar con secuencias de palabras que actúan como un mismo bloque y que han de tratarse como una unidad única. Y es aquí donde se produce la entrada del traductor en los dominios de lo que podríamos denominar *lexicología textual*, que, además de operar con locuciones, giros idiomáticos, fórmulas estereotipadas y colocaciones, tiene que ver con todo tipo de combinaciones lexicalizadas de palabras que pertenecen al repertorio de unidades poliléxicas y elementos discursivos de relativa complejidad que maneja el autor del texto original, repertorio que constituye una combinación de lo que es producto de su inventiva con lo que toma de la comunidad lingüística que representa.

Veamos un caso concreto relacionado con el texto que, entre otros, está en mi mesa de trabajo. Se trata de *Reloch de pochá*, de Chusé Inazio Nabarro, «una nabata de cuatro tramos feita només que con parolas; parolas de buen coral, ixo sí, pero només que parolas», como reza el texto de la contracubierta del libro. El primer capítulo, titulado «O primer canto de o cuculo», comienza así:

*O pai, a mai, o que fa sopas, o que las mincha totas e íste, dilín-dilán, que por estar tan chicot no le'n dan. Iste zaguero soi yo. Iste ye o mío caso. Naxié de os rasclatizos. Soi o caganiados de casa Piquero, o escobaforos, o menor de seis chirmans en una casa chicota como en b'eba muitas en aquers tiempos. Soi un d'ixos que siempre plegan tardi ta o momento de o portache, que minchan o remenche, tardi e á desatiempo, que esbiellan*

perén a ropa que lis se ba quedando chicota á os chirmans més grans, que tienen a obligazió d'obedexer de contino as órdenes de toz os de casa suya, que son siempre o mesache que fa toz os mandaus, o chulet de toz, os que son tenitos en una miqueta més d'estima que o can de chira pero que balen muito menos que o macho de a casa, un d'ixos que han de sustener, de buen implaz u á sobrefaxo, a coda de o latón o día de a matazía. (Nabarro, 2006: 17)

Buen comienzo, sin duda alguna, hecho con palabras de buena calidad pero, eso sí, más que palabras —como se ve, en esto discrepo con el autor de la reseña— porque, una vez puestas en juego como elementos del discurso, estas palabras dejan de ser piezas de repuesto que descansan en el vocabulario y comienzan a funcionar como partes de una máquina en acción a las que ha llegado el momento de realizar alguna de sus potencialidades significativas —que, por cierto, no siempre aparece registrada en los diccionarios—. La pincelada folclórica —comienzo del comienzo— marca el ritmo del discurso y le da el colorido coloquial al lenguaje de este primer párrafo y, como luego se verá, de todo el texto, porque la focalización sincrética escogida por el autor —que es una combinación de las perspectivas del observador y del narrador, el cual se nos presenta primero como pastor y luego como navatero, marino y combatiente del ejército republicano— se mantiene hasta el final de la novela.

*Palabras almacenadas* —o *recopiladas*— frente a *palabras en acción*: esta parece ser la fórmula que nos deja ver la diferencia entre las voces como unidades del vocabulario y las mismas voces que saltan al discurso —hablado o escrito—, donde conviven con otras formando todo tipo de combinaciones y sacrificando, a veces, su propio significado potencial o virtual, que se diluye en el sentido total del discurso o de alguna de sus partes. Véase si no este trío de vocablos —*rasclatizos*, *caganiedos*, *esco-baforros*—, que se contaminan —en el buen sentido de la palabra— semántica y estilísticamente para definir el concepto del hijo menor de una familia —de la casa Piquero—, concepto adelantado ya en la adivinanza que abre el capítulo y ricamente matizado después en el largo período que cierra el primer párrafo. El lector del texto original capta y asume el sentido de este párrafo sin ninguna necesidad de trabajo analítico, pero el traductor, que también puede permitirse el lujo de disfrutar de todas las gracias del texto durante la primera lectura, ha de volver a repasarlo palabra por palabra y hasta elaborar, si cabe, un glosario particular donde quedaría consignada su minuciosa labor y que le permitiría resolver todas las dudas que plantea el léxico de la obra considerada en su totalidad. Ya vendrá después el turno a la segmentación del texto en busca de unidades de traducción y a la recreación del mismo en la lengua a la que se traduce.

Por todo eso y por la importancia que supone el enfoque lexicológico para el estudio de textos literarios, antes de ocuparnos de la problemática que plantea el aragonés común, vamos a dedicar unos minutos al léxico y a la lexicología.

La lexicología, disciplina lingüística que ha estado sensiblemente eclipsada durante mucho tiempo por otras ciencias del mismo sector, últimamente ha ido cobrando importancia, y hasta se puede hablar —y de hecho se habla ya— de un

floreCIMIENTO de estudios en torno al léxico, que ha ido convirtiéndose en el centro de atención de varios modelos del pensamiento lingüístico.

Algunas teorías lingüísticas que habían emergido en las últimas décadas del siglo pasado parecen coincidir en la importancia del léxico tanto para el análisis de la estructura oracional y textual como para el estudio de distintos aspectos y circunstancias de los procesos, situaciones y actos de comunicación, y hay estudiosos del léxico que no dudan en afirmar que hemos entrado ya en una etapa del desarrollo de la lingüística que está marcada por una perspectiva *lexicalista* o *panlexicista* basada en la idea de que no es posible separar la semántica y el léxico de la sintaxis. Hoy, tras haber cruzado el umbral del siglo XXI, asistimos al punto culminante del cambio de paradigma lingüístico, que saca al léxico a la luz del día; uno de los resultados de este proceso consiste en que, en esta nueva vuelta de la espiral dialéctica del progreso científico, el marco teórico de la lexicología se amplía y se enriquece con aportaciones de ciencias afines y vecinas que participan de la misma tendencia, y, además, se nutre de metodologías y técnicas de análisis de algunos sectores del quehacer científico que no pertenecen al de las ciencias centradas exclusivamente en el lenguaje.

Ahora bien, aparte de la mencionada tendencia panlexicista, hay otra que tiene muchos puntos de contacto con la primera pero que se diferencia de esta por una característica esencial, que consiste en tener por punto de partida la consideración del léxico como componente fundamental de la gramática. Se trata más bien de un modelo que se plantea una concepción integradora de la gramática y el diccionario o, para ser exactos, una concepción que establece una relación entre las propiedades sintácticas y semánticas de las unidades léxicas como base de la gramática.

Dicho modelo surge a partir de una propuesta teórica basada en una reconsideración de la dicotomía que se venía estableciendo entre dos tipos de organización del conocimiento humano: la representación interna (RI) y la representación externa (RE). Uno de los estudiosos que aboga por este modelo es Joaquín Garrido Medina. Veamos su explicación de los conceptos de RI y RE:

El hablante dispone de una representación interna del conocimiento que puede conectar con las expresiones lingüísticas, de modo que las expresiones sean representaciones externas de dicho conocimiento. Los estados cognoscitivos del entendimiento humano son modelos acerca de la realidad, y en ese sentido cabe llamarlos representaciones internas. [...] La información codificada lingüísticamente (es decir, en formato lingüístico) es parte de esas representaciones internas, pero está organizada en unidades tales que estén conectadas a unidades de expresiones lingüísticas (a formas lingüísticas). [...] Si consideramos que en cada lengua los procedimientos de constitución del significado tienen como unidades básicas las unidades léxicas, el punto de contacto, el tablero de conexiones entre la representación general y la representación con formato lingüístico del conocimiento es la unidad léxica. (Garrido, 1991: 13-14)

Esta consideración conduce a Joaquín Garrido a repensar el propio concepto de gramática y proponer un modelo de gramática léxica que se basa en el principio según el cual

la lengua no es un conjunto de regularidades que llamamos su sintaxis y un conjunto de irregularidades que llamamos su léxico, sino que es un conjunto de regularidades flexibles, es decir, más o menos rígidas, organizadas en torno a las unidades léxicas. (Ibídem, pp. 16-17)

De manera que, celebrando los cambios —sumamente positivos, desde nuestro punto de vista— que se están produciendo en el paradigma de las ciencias del lenguaje, deberíamos tener en todo momento presente el hecho de que el mencionado florecimiento de los estudios en torno al léxico no tiene en la lexicología un protagonista exclusivo: se trata de un proyecto interdisciplinario en el que los métodos y técnicas estrictamente lexicológicos reciben apoyo y refuerzo por parte de otras ciencias y sobre todo de aquellas que, en los planes académicos de estudios filológicos, ocupan los compartimientos más cercanos al de la lexicología. Nos referimos a la semántica y la lexicografía, que, junto con la lexicología, forman un trío que se ha embarcado en esta aventura del saber cuyo objetivo es descubrir los secretos más ocultos que todavía tiene guardados la palabra humana. Por otra parte, frente al cambio de paradigma lingüístico hacia una perspectiva marcadamente lexicalista, no es raro escuchar opiniones de quienes hasta le quitan novedad a este proceso, considerando que

El léxico se sitúa en una especie de cruce lingüístico que absorbe información que proviene del camino de los sonidos (fonética y fonología), del de los significados (semántica), del de los morfemas (morfología), del de las combinaciones sintagmáticas (sintaxis) o del camino del uso lingüístico y de las situaciones comunicativas (pragmática). (Loren-te, 1998: 83)

#### LENGUA LITERARIA Y LENGUA COMÚN

En ciertos modelos de pensamiento lingüístico del siglo XX, los conceptos de *lengua literaria* y *lengua común* habían llegado a formar una dicotomía *cuasi* perfecta que, en el uso de una lengua dada, separaba lo poético y lo literario de lo que es natural, común y corriente. Así, por ejemplo, en el formalismo ruso dicha dicotomía había cobrado sentido de confrontación abierta de la lengua poética con la lengua cotidiana:

Postulamos como afirmación fundamental que el objeto de la ciencia literaria debe ser el estudio de las particularidades específicas de los objetos literarios que los distinguen de toda otra materia. Román Jakobson da forma definitiva a esta idea: «El objeto de la ciencia literaria no es la literatura sino la *literaturidad*, es decir, lo que hace de una obra dada una obra literaria». [...] Para realizar y consolidar este principio de especificación sin recurrir a una estética especulativa, era necesario confrontar la serie literaria con otra serie de hechos y elegir en la multitud de series existentes aquella que, recubriéndose con la serie literaria, tuviera sin embargo una función diferente. La confrontación de la lengua poética con la lengua cotidiana ilustraba este procedimiento metodológico que fue desarrollado en las primeras publicaciones de la Opoyaz y sirvió de punto de partida al trabajo de los formalistas sobre los problemas fundamentales de la poética (Eijenbaum, 1987: 25-26)

Estas ideas fueron desarrolladas y matizadas por los fundadores del Círculo Lingüístico de Praga, que en algunos aspectos adoptaron una actitud más rígida,

pero en otros no fueron tan categóricos como los formalistas rusos. Fue Jan Mukarovski quien dio una de las interpretaciones más explícitas de la visión que el Círculo tenía de la relación entre lengua estándar y lengua poética:

¿Cuál es la relación entre la extensión de la *lengua poética* y la de la *lengua estándar*, entre los lugares de cada una de ellas en el sistema total de la lengua considerada en su globalidad? ¿Es la lengua poética una variedad especial de la estándar o es una formación independiente? La lengua poética no puede ser considerada una variedad de la estándar, por la razón, al menos, de que la lengua poética tiene a su disposición, desde el punto de vista del léxico, la sintaxis, etc., todas las formas de la lengua dada, y con frecuencia diferentes fases del desarrollo de la misma. [...] La lengua poética no es, pues, una variedad de la estándar. Con lo cual no se trata de negar la estrecha relación entre ambas, que consiste en el hecho de que para la poesía la lengua estándar es el fondo sobre el que se refleja la distorsión estéticamente intencional de los componentes lingüísticos de la obra, o, dicho con otras palabras, la violación intencional de la norma de la lengua estándar. (Mukarovski, 1977: 314-315)

Varias décadas después, al considerar la oposición entre lo literario y lo extraliterario desde el punto de vista histórico, Costanzo di Girolamo llegaba a la conclusión de que la historia literaria es incapaz de ofrecer criterios claros y unívocos de *literariedad* para deslindar, en el conjunto total de textos creados en una lengua dada, los que pertenecen a la literatura y los que han de quedar fuera de esta:

Por definición, efectivamente, el historiador de la literatura debiera ocuparse únicamente de obras literarias, desde un punto de vista histórico, sin atenerse a las fluctuaciones que ha conocido el concepto de literatura. Pero si echamos una ojeada más detenida a los objetos de la historia literaria pronto advertiremos que esta cubre un campo enorme, y acaba por reclamar como propio casi todo cuanto tiene forma de libro, incluidas las tradiciones orales transcritas o transcribibles. Llevada a sus extremas y lógicas consecuencias, la historia literaria se interesa no solo por la poesía y la narrativa, sino también por obras de historiografía, política, didáctica, religión, etc., producidas en una lengua determinada, de acuerdo con un inventario objetiva pero no teóricamente limitado. Ni siquiera estaría completamente infundada la sospecha de que todos los desechos y restos (dicho sea con todo el respeto) de otras disciplinas pudieran convertirse en literatura, conservando como máximo, una vez perdida su actualidad, un valor únicamente documental (Di Girolamo, 2001: 57)

Ahora bien, lo anterior no significa que la literatura y lo literario se diluyan, sin dejar rastro alguno, en el lenguaje ordinario, común, estándar o comoquiera que se llame aquello que usan a diario los hablantes de una lengua dada. La intuición nos dice que son cosas diferentes, y es natural que, desde Aristóteles hasta las corrientes más avanzadas de la poética moderna, se haya intentado describir los rasgos distintivos del lenguaje literario haciendo uso de herramientas analíticas como *figuras retóricas*, *desvío*, *extrañamiento*, *función poética*, *género*, *registro* y otras más para contestar a la pregunta que, en palabras de Fernando Lázaro Carreter (2000: 150), «la literatura plantea: ¿cómo se convierte en instrumento para ella un material que sirve para la comunicación ordinaria, y que tiene por tanto sus propios fines?». La historia de la poética, antigua y moderna, según Lázaro Carreter, nos da una suma de respuestas a esa pregunta pero no *una* respuesta que pudiera aportar «resultados científicamente comprobables». ¿Quiere esto decir que hemos de contentarnos con

la caracterización intuitiva del fenómeno literario? Probablemente, en situaciones como esta, no estaría de más escuchar los criterios de los propios escritores y sobre todo de aquellos que, aparte de una obra literaria de valores indiscutibles, nos han dejado una poética singular, como es el caso de Antonio Machado:

Problema de la lírica: la materia en que las artes trabajan, sin excluir del todo a la música, pero excluyendo a la poesía, es algo no configurado por el espíritu: piedra, bronce, sustancias colorantes, aire que vibra, materia bruta, en suma, de cuyas leyes, que la ciencia investiga, el artista, como tal, nada entiende. También le es dado al poeta su material, el lenguaje, como al escultor el mármol o el bronce. En él ha de ver por de pronto, lo que aún no ha recibido forma, lo que va a ser, después de su labor, sustentáculo de un mundo ideal. Pero mientras el artista de otras artes comienza venciendo resistencias de la materia bruta, el poeta lucha con una nueva clase de resistencias: las que ofrecen aquellos productos espirituales, las palabras, que constituyen su material. Las palabras, a diferencia de las piedras o de las materias colorantes o del aire en movimiento, son ya, por sí mismas, significaciones de lo humano, a las cuales ha de dar el poeta nueva significación. La palabra es, en parte, valor de cambio, producto social, instrumento de objetividad (objetividad en este caso significa convención entre sujetos), y el poeta pretende hacer de ella medio expresivo de lo psíquico individual, objeto único, valor cualitativo. Entre la palabra usada por todos y la palabra lírica existe la diferencia que entre una moneda y una joya del mismo metal El poeta hace joyel de la moneda. ¿Cómo? La respuesta es difícil. El aurífice puede deshacer la moneda y aun fundir el metal para darle después nueva forma, aunque no caprichosa y arbitraria. Pero al poeta no le es dado deshacer la moneda para labrar su joya. Su material de trabajo no es el elemento sensible en que el lenguaje se apoya (el sonido), sino aquellas significaciones de lo humano que la palabra, como tal, contiene. Trabaja el poeta con elementos ya estructurados por el espíritu, y aunque con ellos ha de realizar una nueva estructura, no puede desfigurarlos (Machado, 1966: 244-245).

«El poeta hace joyel de la moneda»: esta fórmula no nos da la respuesta definitiva que plantean la poesía, en particular, y la literatura, en general, pero apunta a una nueva cualidad que cobra la palabra —como producto social e instrumento de objetividad— gracias al trabajo del poeta, quien, como artífice que es, maneja «los elementos ya estructurados por el espíritu» pero «no puede desfigurarlos».

Haciendo balance de la brevísima colección de citas que he escogido para buscar la consabida «respuesta difícil», me atrevo a formular una tesis que no tiene nada de original puesto que, de manera implícita, aparece ya en muchos autores: no existe ningún abismo ni dicotomía que separe el lenguaje literario del común, porque la comunidad que habla una lengua determinada ofrece al poeta el lenguaje común cargado ya de significaciones de lo humano para que él, el poeta, lo vista de nuevas e inéditas significaciones. Por cierto, en la lingüística rusa se ha impuesto últimamente una concepción del lenguaje literario que se plantea la tarea de superar la dicotomía formalista que confrontaba el lenguaje poético con el cotidiano. Véase, por ejemplo, la definición del lenguaje literario que propone Mirra Guchmann:

El lenguaje literario es la forma fundamental, es decir supradialectal, de la existencia de una lengua histórica que se caracteriza por ser más o menos elaborada, por presentar una pluralidad de funciones y diferenciación estilística y por mostrar una evidente tendencia hacia la reglamentación. Por su estatus cultural y social y como forma superior de

la existencia de una lengua, el lenguaje literario se opone a los dialectos territoriales y sociales y al lenguaje popular. (Guchmann, 1990: 270)

Según este autor, el concepto de *lenguaje literario* no es idéntico al de *lenguaje de la literatura (de ficción)*: el literario incluye, además de la lengua de la literatura —que es el lenguaje literario por excelencia—, otras variedades de la misma lengua que se usan en los medios de comunicación, en la ciencia y la administración, en los debates parlamentarios y en otros ámbitos de la vida social en los que el lenguaje literario se enriquece con aportaciones de variedades idiomáticas especializadas, dialectales, coloquiales, etcétera, de acuerdo con las tendencias que prevalecen o se imponen en un momento determinado del desarrollo y evolución de una lengua histórica. Por eso —concluye Mirra Guchmann— es lícito hablar también de las formas orales del lenguaje literario.

Este breve resumen de la concepción del lenguaje literario en la lingüística rusa nos permite ver que, tras renunciar a la idea de la confrontación o incompatibilidad del lenguaje literario con el común o cotidiano que sostenían y defendían los formalistas rusos de principios del siglo XX, los teóricos del lenguaje literario de mi país han optado por sustituirla por un modelo que se basa en la idea de complementariedad de distintas variedades de una lengua histórica que conviven en el seno de una forma supradialectal —el lenguaje literario—, que es, para ellos, la forma fundamental de la existencia de cualquier lengua. Por cierto, no se trata de una idea patentada por Mirra Guchmann y sus colegas: basta volver a la cita de Costanzo di Girolamo para ver en sus disquisiciones el germen de la idea —la «sospecha», para decirlo con su palabra— de que el concepto de *literatura* o *literario* «cubre un campo enorme, y acaba por reclamar como propio casi todo cuanto tiene forma de libro, incluidas las tradiciones orales transcritas o transcribibles».

En lo que se refiere al aragonés, estoy seguro de que, para cualquier persona que se haya aproximado a la bibliografía básica sobre esta lengua, la idea de complementariedad de variedades locales en un proyecto del aragonés común no es nada nueva.

#### EL ARAGONÉS LITERARIO COMÚN

Hace poco menos de veinte años, en el «Prólogo a la quinta edición (1989)» de la *Gramática de la lengua aragonesa*, Francho Nagore hacía frente a las maldicientes afirmaciones de que el aragonés común es un «invento»:

Tales afirmaciones no pretenden sino la descalificación total y global del aragonés y sería vano cualquier tipo de razonamiento; pero, suponiendo que quienes las emiten quisieran razonar, se verían forzados a admitir que el aragonés es algo real, vigente y documentable y cuya base —a falta de una simple sistematización— se encuentra en las modalidades populares habladas hoy en el Alto Aragón. Además, aunque el término «invento» suele emplearse con matiz peyorativo y ánimo descalificador, en realidad no descalifica sino a los que con ese sentido lo emplean, ya que, en efecto, toda lengua es un invento, un invento colectivo, de toda una comunidad a lo largo de la historia y de su

desarrollo como pueblo. Extraño sería que el aragonés constituyera en esto una excepción. (Nagore, 1989: 17-18)

Desde la fecha en que se redactaron estas palabras de Francho Nagore se han publicado tantos libros en aragonés literario común que poco falta para que se cumpla el pronóstico sobre su futuro expresado por el autor en otro párrafo del mismo prólogo en el que explica su decisión de dar preferencia a «las citas de frases en aragonés actual de diferentes comarcas». Estas citas —señala Nagore—, tomadas de las fuentes concretas y comprobables,

se entienden como material didáctico de primera mano para el aprendizaje de una lengua real y práctica (no hipotética ni teórica), y al mismo tiempo como bases sólidas que posibilitarán la adquisición progresiva de competencia en el desarrollo de un modelo de aragonés común o general mucho más rico, más estructurado y con mayores posibilidades de expresión que cualquiera de las variedades locales de las que es reflejo cada frase concreta. Y esto no es contradictorio, sino complementario. (Ibídem, p. 16)

Dice el *DRAE* que *complementario* es aquello que «sirve para completar o perfeccionar algo». Y es así como comprendemos nosotros, junto con Francho Nagore y otros promotores del aragonés literario común, su complementariedad: la alta misión del aragonés literario común no es otra que desarrollar un modelo de lengua que irá perfeccionando las variedades —tanto regionales como sociales— y perfeccionándose a sí mismo mediante la asimilación o la incorporación a su estrato<sup>1</sup> superior de muchas formas que se emplean a diario entre los hablantes nativos del aragonés aunque dichas formas, para algunos críticos —que los hay y los habrá siempre—, no sean sino manifestaciones de un «charrar basto» que puedan llevar a una eventual «sayaguesización» del lenguaje literario.

La idea de la complementariedad del lenguaje literario como forma superior de toda lengua nacional está en la base de nuestra concepción del aragonés literario común, que es la suma dialéctica —no aritmética, por supuesto— de todas las variedades de esta lengua, sin excluir ninguna. Por cierto, esta tesis tampoco es nueva: sin salir del ámbito de la hispanística rusa, diremos que Gueorgui Stepánov la había desarrollado en sus trabajos dedicados a la lengua literaria española. Algunos estudiosos —señalaba el entonces director del Instituto de Lingüística de la Academia de Ciencias de la URSS— cometen un error cuando califican cualquier desviación de la lengua estándar como una vulgarización de la misma, confundiendo de este modo la noción de *vulgarización* con la de *democratización*:

La vulgarización es el proceso que consiste en sustituir una forma lingüística superior por otra inferior, mientras que la democratización de una lengua es un proceso que comprende dos formas de movimiento: 1) la incorporación de formas de hablar cultas a los estratos bajos (la *socialización* de los estratos altos) y 2) la asimilación de elementos de las hablas vulgares por los estratos altos (la *socialización* de los estratos bajos). (Stepánov, 1977: 32)

---

<sup>1</sup> Por *estrato* entendemos ‘conjunto de elementos de una lengua que poseen determinados caracteres comunes y forman una de las variedades de dicha lengua, correspondiendo a cada variedad un determinado lugar en la escala de diferenciación de la lengua en cuestión’.

El proceso de la unificación de las distintas modalidades del aragonés con vistas a lograr un modelo literario estandarizado se ha desarrollado según el algoritmo conceptual que, de hecho, partía de la idea de la *socialización* de dichas modalidades sin que ninguna fuera tomada como base o modelo de prestigio:

Y aquí ros autors [de l'unificazi3n de l'aragonés] se trobaban que ni un solo d'ixos dialeutos teniba un prestichio claro sobre ros atros: ni por o lumero de fablans ni por o feito d'aber estau importán en una atra epoca u por tener bel escritor de fama reconoxita. Quedaba, ixo sí, a posibilidá de fer una sintesis a partir sobretot d'os dialeutos bibos y prenendo en considerazi3n, ya que se deseyaba un modelo chenuino de fabla, nomás os rasgos que yeran consecuenzia d'a carauteristica eboluzi3n d'o latín en Aragón, preszindindo, siempre que estase posible, d'os que yeran consecuenzia d'a posterior castellanizazi3n, por atra partí mui considerable. En caso de duplizidá de formas caleba dar preferenzia a ras más conserbadoras, d'as cualas deriban as atras. Pero en os casos en que as formas más conserbadoras tenesen en os dialeutos bibos mui poca difusi3n, se'n podeba preszindir de eras, por razons soziolinguisticas, en favor de formas más reziens —y incluso no chenuinas— encara de gran difusi3n. Ixa metodolochía premitiba fer a sintesis d'a koiné supradialectal con ochetibidá y ye ra que oserbamos en cheneral en os procesos d'unificazi3n d'atras fablas que se troban en una situazi3n comparable de cualque traza con a de l'aragonés. (Quintana, 1999: 33)

Cinco años después de la celebración de la I Trobada, Artur Quintana (2002) volvía a abordar el tema del aragonés normativizado en un trabajo centrado en el análisis de las posibilidades de la aplicación del modelo del aragonés común al ribargozano. Tanto en este artículo como en la ponencia presentada a la I Trobada, Quintana se refería al léxico como el campo que, junto con la morfología, seguía siendo el menos normativizado del aragonés actual, y decía que en él se mantenían vigentes tan solo algunas normas generales, resumidas en las siguientes recomendaciones:

usar a forma más estensa y más chenuinamén aragonesa, tanto seguntes a fonetica como seguntes os tipos lesicos, y no s'escluye ra posibilidá de ro neolochismo, de l'arcaísmo y de ros amprens d'atras fablas, espezialmén d'as clasicas, d'o francés y de l'anglés. (Quintana, 1999: 39)

Por lo que se refiere a algunas críticas que ha recibido la metodología de la unificación del aragonés descrita con todo detalle en los dos trabajos de Artur Quintana —no es que sean fortuitas o insustanciales—, podría decirse que se trata de propuestas que, en principio, no son alternativas sino técnicas y, como tales, merecen ser estudiadas y tomadas en consideración puesto que la normativización del aragonés, como todo proceso en desarrollo, es susceptible de ser mejorada en algunos de sus aspectos sin que se ponga en entredicho la línea estratégica trazada en su primera etapa. Y no diremos más porque se trata de un asunto que les toca dirimir a los propios aragoneses.

Lo que sí podemos hacer constar, estudiando el aragonés desde fuera y apoyándonos sobre todo en la experiencia adquirida durante la traducción al ruso de varias obras literarias —tanto en verso como en prosa— escritas en aragonés común, es que el modelo de lengua que utilizan los mejores escritores —desde Ànchel Conte hasta Ana Giménez Beltrán— produce la impresión de ser un sistema lingüístico alta-

mente coherente tanto en el plano gramatical como en el léxico, y si se comparan varias obras las diferencias que se observan hay que verlas como muestras de distintas maneras de utilizar la misma herramienta —el idioma—, lo cual ya permite hablar de la literatura que se escribe en aragonés común como de un campo en el que destacan no pocos autores —verdaderos hacedores de la palabra— con estilo y lenguaje personalísimos, y hasta se perciben contornos de varias tendencias o corrientes.

¿Acaso es posible hablar de la coherencia del sistema léxico de un idioma cuando todos coinciden en subrayar su carácter abierto, dinámico, flexible e inestable? La respuesta, a pesar de todo, es afirmativa: sí, es perfectamente posible hablar de la coherencia y hasta de cierta ordenación sistémica del vocabulario de cualquier idioma siempre que se tenga presente la tesis de Julio Casares: toda lengua —y el léxico en este sentido no es ninguna excepción— tiene su lógica, pero esta lógica es «de un orden infinitamente más complejo y sutil» que la de cualquier sistema organizado según las rígidas normas matemáticas o mecánicas (vid. Casares, 1961).

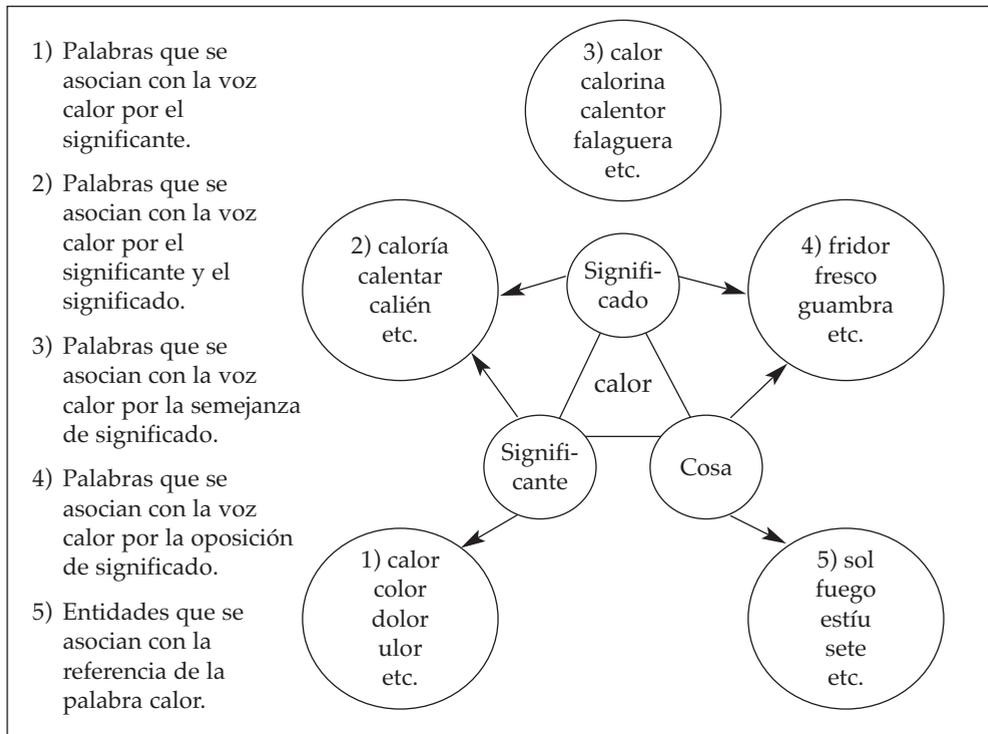
El propio Julio Casares había presentado en su *Diccionario ideológico* un novedoso proyecto de estructuración del sistema léxico de la lengua castellana basado en el aparentemente sencillo principio de su clasificación expresado en el famoso lema que acompaña el título de su gran obra: «Desde la idea a la palabra; desde la palabra a la idea». Como él mismo explicaba, su intención era

crear, junto al actual registro por abecé, archivo hermético y desarticulado, el diccionario orgánico, viviente, sugeridor de imágenes y asociaciones, donde, al conjuro de la idea, se ofrezcan en tropel las voces, seguidas del utilísimo cortejo de sinonimias, analogías, antítesis y referencias; un diccionario comparable a esos bibliotecarios solícitos que, poniendo a contribución el índice de materias, abren camino al lector más desorientado, le muestran perspectivas infinitas y le alumbran fuentes de información inagotables. (Casares, 1941: 118)

Sirva como ilustración de estas palabras del gran lexicógrafo español el esquema que reproducimos en la página siguiente, en el que aparece el germen (insistimos en que se trata tan solo del centro de una verdadera constelación léxica) del campo asociativo de la voz aragonesa *calor*.

La idea de dicho esquema pertenece a Eugenio de Bustos Tovar. En un trabajo publicado hace casi cuatro décadas, este estudioso destacaba la especial importancia que tienen —para la organización del espacio semántico de una lengua— las relaciones asociativas de las palabras que forman los grupos 2, 3 y 4. El grupo 2 tiene una función especial, puesto que se trata de una especie de cantera donde, siguiendo las pautas de formación de palabras desarrolladas por el mecanismo de la lengua, «se fabrican» nuevas voces que vienen a enriquecer su vocabulario:

En el plano creador, literario, nos encontramos con que estas asociaciones por el significado y el significante son la base de gran número de neologismos, que unas veces responden a necesidades objetivas de la comunicación lingüística y vienen a rellenar una laguna y otras obedecen a simples necesidades subjetivas de renovación expresiva y estética, etc. (Bustos Tovar, 1967: 156)



*Campo asociativo de la voz calor.*

Para una lengua como el aragonés, que se enfrenta a una avalancha de castellanismos que amenazan con *amerar* los «caldos» del vocabulario genuinamente aragonés, la aplicación de técnicas y procedimientos de formación de palabras que se aprovechan de este tipo de asociaciones se convierte en una tarea impostergable y, por lo que hemos podido constatar en numerosas obras escritas en aragonés común, algunos escritores son especialmente creativos y generosos aunque a veces, en estos talleres de fabricación de neologismos, ciertos excesos de entusiasmo rayan en la supercorrección o la creación de términos que son objeto de objeciones y críticas, como es el caso del término *tetador* (en el sentido de ‘mamífero’), utilizado por Santiago Bal Palazios en su *Dizionario breu de a luenga aragonesa* (Bal, 2002). Véase, por ejemplo, una de las entradas en que aparece este término:

**crapa** *n. f.* 1. Animal tetador e remugador que tien unos cuernos chiratos ta zaga e que puya con fazilidá por puestos alters e difízils: *O braguero de as crapas ye muito gran.*

Las discusiones sobre este tipo de neologismos pueden ser provechosas, pero en este tema, como muestra la experiencia, serán el tiempo y el uso los que dirán la última palabra, puesto que contra el uso no vale ni el prestigio de instituciones académicas: recuérdese el fracaso de la RAE en sus intentos de «prohibir» el popular neologismo castellano *violencia de género*.

El tercer grupo de palabras que forman un campo asociativo —grupo basado en la semejanza del significado— también es importante, siempre que la sinonimia se entienda en un sentido amplio, como lo hace Eugenio de Bustos Tovar (1967: 157):

entendemos aquí la palabra *sinónimo* en muy amplio sentido. Es innecesario recordar que la sinonimia perfecta es fenómeno menos frecuente de lo que podría pensarse a primera vista: los valores afectivos y evocadores matizan y distinguen a la mayoría de los vocablos que en una pura consideración intelectualista del idioma podrían parecer sinónimos. Pero también es cierto que, en la realidad del comercio idiomático, la imprecisión del significado hace que funcionen como sinónimos muchos vocablos que en un tipo de habla más precisa o científica aparecen claramente delimitados. Incluiremos, pues, todas aquellas palabras cuyo significado se encuentre en alguna relación de semejanza con la que tomamos como base.

El modelo del campo asociativo de la palabra puede desarrollarse en profundidad si se le añade otra dimensión, que es la polisemia de la palabra base y la de las voces relacionadas con esta: en este caso, los límites del conjunto de campos asociativos se ampliarían hasta unas cotas muy alejadas del punto de partida, y se llegaría a cubrir dilatados sectores del vocabulario.

Es evidente que la idea del campo asociativo de la palabra ha nacido bajo el amparo y la influencia del «concepto de *campo léxico* o *campo semántico*, hallazgo fértil y, sobre todo, prometedor de la semántica y lexicología actuales», según palabras de Julio Fernández Sevilla, pero, a diferencia de este último concepto, la noción de *campo asociativo* —en el sentido que le da Eugenio de Bustos Tovar— tiene la ventaja de ser más «lingüística» puesto que concede la prioridad a la palabra y no a la cosa designada. El propio Julio Fernández Sevilla (1974: 23-24) fue muy cauteloso con el concepto de *campo*:

El *campo* fue entendido como un conjunto de términos léxicos vinculados a parcelas de la realidad relacionadas entre sí. En consecuencia, la delimitación de los mismos habría de venir dada por los límites de la realidad designada. Se confundía así —una vez más— la configuración de la realidad con la configuración lingüística de la realidad. Es claro que entre ambos planos existen relaciones y puntos de contacto pero de ningún modo identidad.

Hay que reconocer que el concepto de *campo semántico* «se ha ido depurando, haciéndose más lingüístico» —en palabras de Julio Fernández Sevilla—, pero, así todo, el famoso análisis del campo de los «objetos que sirven para sentarse» llevado a cabo por Bernard Pottier no deja de ser un estudio enfocado más en los propios objetos y no en las palabras *asiento*, *silla*, *sillón*, *sofá*, *butaca*, *taburete*, *mecedora*, *banco*, *diván*.

Ahora bien, lo anterior no quiere decir que todo estudio de campos léxico-semánticos como el de los objetos para sentarse no pueda tener una faceta o adenda estrictamente lingüística; mas, para que esto ocurra, el estudio tiene que dejar en un determinado momento el mundo de las cosas y pasar a considerar el comportamiento de las palabras en el habla viva donde estas son capaces de revelar aquellos «valores afectivos y evocadores» a los que se refería Eugenio de Bustos Tovar, hablando de sinónimos.

Por cierto, el citado modelo del campo asociativo de la voz *calor* no es más que un modelo que marca las direcciones en que se desarrollan las principales solidaridades de carácter paradigmático, a las cuales nadie puede poner un límite. Algunas calas hechas en los diccionarios del aragonés a los que hemos tenido acceso y la traducción de varias obras escritas en aragonés común nos han permitido elaborar series de palabras aragonesas que atraviesan, si se puede decir así, el campo semántico de *calor* / *fridor* en distintas direcciones, de modo que las líneas asociativas descritas por Bustos Tovar se entrecruzan, se enlazan y se contaminan mutuamente formando ovillos o laberintos en los que la calle de *significante* termina por ser la de *significado*, como sucede con esta selección de voces que preside la palabra *chelo*:

*chel, chelo* 'hielo'; *chelada* 'helada'; *chelafríos, chelafrites* 'friolero, muy sensible al frío' (*calamón* 'friolero'; *friolenco* 'friolero'); *chelar* 'helar'; *chelau* 'helado'; *chelegal* 'masa de hielo'; *chelén* 'friolero'; *cheler* 'lugar donde se forma hielo'; *chelera* 'helada; sensación de frío, tiempo frío; lugar con mucho hielo o muy frío; nieve helada'; *candela, candela de chelo* 'carámbano de hielo'; *candelón* 'carámbano, témpano de hielo que cuelga'; *chorrera* 'carámbano'.

Cada una de estas voces no solo se ha ganado el derecho de contar con una entrada en los mejores diccionarios del aragonés, sino que ha merecido un tratamiento delicado y amoroso por parte de más de un autor que escribe en aragonés común o en alguna de sus variedades. Mas, en estas series de palabras del campo de *calor* / *fridor*, uno de repente encuentra voces como *falaguera*, que parece contar con un potencial semántico poco menos que infinito porque es capaz de significar desde 'bochorno' hasta 'ilusión, capricho' o 'ansia y deseo sexual'.

Probablemente, esta capacidad generadora de las más osadas e inusuales significaciones hace que los campos asociativos sean mucho más humanos que los campos semánticos formados por «términos léxicos vinculados a parcelas de la realidad relacionadas entre sí», como el de las palabras que designan los archiconocidos «objetos para sentarse».

Incluso campos tan compartimentados como los de las plantas y los animales, si son analizados no solo con las sofisticadas herramientas de las ciencias naturales, sino con la sabiduría y la mirada atenta de un fino conocedor del lenguaje culto y del popular, dejan de ser simples repertorios de especies de la flora y la fauna y se convierten en inapreciables colecciones de perlas idiomáticas en las que plantas y animales se poetizan y mitifican, como sucede en el precioso *Libro de as matas y os animales*, de Rafel Vidaller Tricas (2004), quien, por ejemplo, además de explicar qué es una *zalamanquesa*, adorna la correspondiente entrada de su diccionario con el refrán que dice: «Si te fiza a zalamanquesa, coje a jada y fe-te a fuesa»; o intercala en el artículo dedicado a *Malus domestica* (*banzanera, mansanera, manzanera, etcétera*) el comentario entresacado de *Tiempo de fabas*, de Chusé Inazio Nabarro: «Ixa mazana doplemén malmesa de a caridá cristiana yo no les ne chito ni á mis piors tozinos (encara que sigan de buena boca)». De modo que la receta podría ser esta: a las relaciones *paradigmáticas* de las palabras (que recuerdan el perfecto orden de un almacén donde se guardan, desmontadas y engrasadas, todas las piezas de un automó-

vil) hay que darles un soplo de vida haciendo que se complementen con las *sintagmáticas*, y entonces, montadas en las estructuras sintácticas del habla viva, las palabras lucirán todo su encanto asombrando al oyente o al lector con sorprendentes y a menudo inéditos matices de significado que se realizan en un mensaje isotópico, captado como un todo de significaciones acopladas.

Hemos llegado así a la necesidad de recurrir al concepto de *isotopía* (del gr. ἴσος, 'igual', y τόπος, 'lugar'), cuya noción fue propuesta inicialmente —para la lingüística— por Greimas (1971: 105-155) para definir la repetición, dentro de un conjunto de unidades sintagmáticas, de varias palabras con rasgos semánticos comunes.

El concepto de *isotopía* no viene a sustituir el de *campo semántico*: una isotopía es un *acoplamiento* de varios campos semánticos que da homogeneidad de significado al texto en su totalidad, configurando un contexto de referencia común a varias palabras, contexto que no deriva necesariamente de sus significados específicos. La isotopía, pues, se refiere a un concepto de significado como cierto «efecto de contexto», es decir, como algo que pertenece a las palabras consideradas no aisladamente, sino como resultado de sus relaciones en el interior de los textos. De entrada diremos que no somos los primeros en utilizar el concepto de *isotopía* para aplicarlo al análisis de la dimensión —mejor dicho, proyección— sintagmática de los campos asociativos o semánticos: en cuanto al aragonés literario común se refiere, contamos con un detallado y argumentado estudio de las isotopías en la obra poética de Chusé Inazio Nabarro que fue presentado por M<sup>a</sup> Ángeles Ciprés (2004) como comunicación a la III Trobada d'Estudios e Rechiras arredol d'a Luenga Aragonesa e a suya Literatura.<sup>2</sup> En este estudio, la configuración semántica general del universo poético del autor taustano queda definida de la siguiente manera:

A macro-estructura semantica de a poesía de Chusé Inazio Nabarro, a suya tematica, poderba ser enunziata en una frase que responda de modo simple á ra pregunta ¿de qué charra iste poeta en os suyos libros? Partindo de os tetulos, subtetulos, parolas-claus e repetizons, poderbamos enunziar a ipotesis siguién: «Narración poetica de a existencia d'un ombre que bibe en un país quiesto, con una luenga morediza que cal debantar a trabiés de a parola, e con unos sentimientos fren á o paso de o tiempo, á ra Muerte e á l'Amor que li fan escullir o camín de a escritura en poesía ta poder bibir os sueños e as asperanzas que poderban amagar a felizidá en ista vida». (Ciprés, 2004: 257)

Para justificar esta definición de la producción poética de Chusé Inazio Nabarro, M<sup>a</sup> Ángeles Ciprés presenta una convincente interpretación de las isotopías que están en la base de la macro-estructura semántica de sus tres libros: *O mirallo de chelo* (1986), *En esfensa de as tabiernas y otros poemas* (1998) y *Sonetos d'amor e guambra* (2001).

El primero de estos libros está construido alrededor de las cuatro isotopías principales: OMBRE-MULLER-BIDA-TIEMPO, TIERRA, DIOSES y LUENGA-ESCRITURA. Trece años más tarde, en *En esfensa de as tabiernas y otros poemas*, las isotopías dominantes

<sup>2</sup> Anteriormente, esta autora había utilizado la misma metodología en dos comunicaciones presentadas, respectivamente, a la I y a la II Trobadas (Ciprés, 1999 y 2001).

de *O mirallo de chelo* se enriquecían con un lenguaje metafórico más desarrollado y un *yo* poético que descubría nuevas facetas reveladoras de madurez, experiencias más variadas y una actitud ante la vida aún más crítica y pesimista:

a) A isotopía de a BIDA de l'OMBRE e de a MULLER (*mesachas, endinas diosas, mullers gripias*). Astí a bida ye como a fruta, que se puede minchar, e BIBIR, un sinónimo frecuen de BEBER. Os ombres continan estando *guerrers* en as luitas contra o tiempo e os suyos *cueros* son á begatas *niedos de fuego* e aparixen *putrefautos de plazer*. O cuerpo de l'ombre ye *árbol* e por consiguién ye de dura, sin embargo ye tamién *erenzio de polbo en os labios de l'aire*: a Muerte fa, sin estar encara nombrata, auto de presenzia en a escritura de Chusé Inazio Nabarro. [...]

b) A isotopía de a TIERRA, Aragón (con a suya metáfora historica, *a carrasca*): *a mía patria, o mío (nuestro) pueblo, o reino de os nuestros sueños, o reino de l'aspeanza*, ye presentata con os topónimos reyal. Drento d'iste espazio cheografico, as TABIERNAS (bars, cantinas e as suyas barras) son lugares muito espezials ta Chusé Inazio Nabarro. As diferens denominazions comberchen en as ideyas de refuxio, calor, protezién, alimento, semi-escuridá. [...]

c) A isotopía de a LUENGA e de ESCRITURA fren á o silencio. En iste poemario, o escritor introduce ya ra suya constelazión metafórica que plegará á ra plenitú en o libro de os *Sonetos*: poemas = buedos países, flors d'o mal; bersos = parolas naxidas á o rafe de a locura; parolas = esquirgüelos que fuyen; letras = moriziegos de tinta, flocos de nieu, bolacos negros; pachinas = blangas parez; paisache blango. (Ibídem, pp. 257-259)

El libro *Sonetos d'amor e guambra* cierra la trilogía poética de Chusé Inazio Nabarro analizada por M<sup>a</sup> Ángeles Ciprés, quien destaca la continuidad de las isotopías detectadas en los poemarios anteriores subrayando que la isotopía LUENGA-ESCRITURA pasa a ocupar en este libro el primer lugar. Con el paso del tiempo, las voces del poeta cambian pero las isotopías fundamentales no hacen sino consolidar y hacer más homogénea y al mismo tiempo más variada la configuración semántica de la obra poética de Chusé Inazio Nabarro.

Tratándose de algo tan subjetivo, íntimo e individual como es la poesía, son sorprendentes los puntos de contacto y hasta coincidencias entre los motivos recurrentes que estructuran las isotopías particulares de un grupo representativo de poetas aragoneses cuya obra ha sido objeto de análisis en diversos estudios llevados a cabo por otros autores. La lista de estos estudiosos se inicia con el gran promotor de la poesía en lengua aragonesa que fue Ángel Crespo,<sup>3</sup> continúa con Franchó Nagore,<sup>4</sup> Luis Esteve,<sup>5</sup> Roberto Cortés<sup>6</sup> y un largo etcétera que —estamos seguros— queda abierto.

<sup>3</sup> Vid. la colección de sus ensayos y críticas, recogidos en Crespo (1997).

<sup>4</sup> Entre muchos trabajos de este polifacético autor citaremos solo uno, en relación directa con el tema y el método: «Diversidad lingüística y variedad poética en Aragón» (Nagore, 1998).

<sup>5</sup> De este autor destacaremos el prólogo, escrito a petición nuestra y titulado «No dejéis morir mi voz y las lenguas minoritarias de Aragón», a la edición trilingüe —en aragonés, castellano y ruso— del poemario fundacional de Ánchel Conte: «No dexez morir a mía boz e as luengas minoritarias d'Aragón» (Esteve, 2002); y «Aproximación a la poesía elegíaca en *O tiempo y os días*, de Ánchel Conte» (Esteve, 2004).

<sup>6</sup> Vid., entre otros trabajos suyos, «Bels comentarios sobre *Triptico de os tiempos de a postema*, de Chusé Inazio Nabarro (de l'ansayo que se fa nabata)» (Cortés, 2004).

Hay que subrayar otro aspecto que consideramos muy importante: las isotopías que se registran en los libros de distintos autores, por muy particulares y subjetivas que fuesen, se juntan, se cruzan y se combinan formando una red de isotopías que caracterizan una cultura, una lengua y una literatura. En este sentido, la literatura en aragonés común no es ninguna excepción. Algunas isotopías reiterativas forman, con la particularidad natural que caracteriza estilos y lenguajes individuales, una especie de vínculo de aragonesidad lo cual permite hablar de ciertas isotopías compartidas como es el caso de la isotopía BENAS-TRALLO-FUELLAS, que ha dado título a un poemario de Bienvenido Mascaray y que, al igual que el tema de la *carrasca* o la *cadiera*, es un punto de irradiación de luces que alumbran los campos léxico-semánticos del aragonés y también un punto de confluencia en el que se juntan las más variadas voces que vienen a participar del concierto de todos.

La lectura de este libro llega a ser descubrimiento de un mundo que se construye alrededor de la imagen del *caixigo*, que con sus *benas*, *trallo* y *fuellas* viene a ser el árbol de la vida. «Porque —dice la nota de la contracubierta—, qui no tien radizes, no tien fuellas, ni bida». El poema central del libro —«El caixigo»— despierta en un lector familiarizado con la poesía en lenguas hispánicas el recuerdo del «olmo viejo, hendido por un rayo», del famoso poema de Antonio Machado, pero tanto el paisaje como las circunstancias vitales del árbol protagonista de cada poema son diferentes. Veamos la primera parte de «El caixigo»:

Teniba es camals pllagaus de bellotas  
 que dixaba cayé pa es chabalins;  
 en ca forcallo acuelliba un niedo  
 d'esparbés, de garzas, de muxons u cholas.  
 Ba bé com es bous llabraban la faixa  
 y com dallaban la zibada u l'alfalz;  
 ba bé al pastó apaixentá as güellas,  
 turi-se as bacas, nazé es cordés.  
 Sentiba la bida tremolá en as fuellas,  
 feba onra a la chen, animals y terra  
 y cuan el sobatiba una boladeta  
 chuntaba la boz al conzerto de tó.  
 (Mascaray, 1984: 29)

Sin salirnos de la categoría del nombre sustantivo, vamos a reproducir a continuación las palabras que forman el séquito de la voz *caixigo* (incluyendo aquellas que figuran en la segunda parte del poema que ha quedado fuera de nuestra cita): *camals*, *bellotas*, *forcallo*, *niedo*, *esparbés*, *garzas*, *muxons*, *cholas*, *bous*, *faixa*, *zibada*, *alfalz*, *pastó*, *güellas*, *bacas*, *cordés*, *bida*, *fuellas*, *chen*, *animals*, *terra*, *boladeta*, *boz*, *conzerto*, *paret*, *barranco*, *tronada*, *pedras*, *aire*, *radigas*, *llera*, *choca*, *grallo*, *terrerros*, *aldiaga*, *soledad*, *man*, *forrau*.

La sola enumeración de los nombres que el autor del poema ha seleccionado para poner al lado de *caixigo* nos permite apreciar el paisaje que rodea el árbol y trazar los límites del mundo particular evocado por el poeta. Si hubiéramos añadido a esta lista de nombres los adjetivos que califican y matizan su significado y los verbos

que ponen en acción a los sujetos y los objetos gramaticales del texto (protagonistas y personajes del poema), tendríamos —en vez de un paisaje estático— una serie de elocuentes episodios en los que se resume toda la vida del *caixigo* —en franca alusión al hombre que vive a su lado—, con sus luces y sombras, alegrías y tristezas.

No menos sugerente es este poema de Ánchel Conte —quien, como todo gran escritor, tiene varios dedicados al tema que enlaza inspiración poética con amor—, donde se entrecruzan, formando una especie de nudo gordiano, las isotopías LENGUA-ESCRITURA-POESÍA-LO INDECIBLE-AMOR:

Cada cosa tiene un nombre  
 perfecta definición en o dizionario  
 nino dido flor niedo  
 silabas falquetas tochez comas  
 ortograffia y sintaxis  
 Mesmo los sentimientos están definius  
 sicologos moralistas pedagogos  
 Busco rechiro fuelleo y no alcuentro  
 a frase a parola a descrizióin  
 que s'achuste á iste esclatiu  
 qu'estricalla o tiempo  
 y emborracha l'aire  
 siempre que te pienso.  
 (Conte, 1996: 69)

Sí, a veces un texto de ficción —poema, cuento, capítulo de novela— es más convincente que muchos de esos textos que se dicen científicos y pretenden estructurar el léxico de una lengua siguiendo el concepto de campos semánticos rígidamente estructurados. Para no ir más lejos, sirva de ejemplo —como texto que combina lo artístico con lo metalingüístico— el que trae la firma de Chusé Inazio Nabarro y que ocupa las páginas 108-113 de su novela *Reloch de pocha*: este poemansayo podría llevar el título de «Oda a la nieve» o bien el de «Propuesta de un estudio lingüístico-poético de la voz *nieu* y palabras afines». A su pluma pertenece también el capítulo «Tozino», el cual vio la luz en un libro que «ye un conchunto de textos ligatos por as ligarzas de a intertestualidad» y que es un sano e ingenioso ejercicio de estilo consistente en abolir todo tipo de fronteras entre los géneros convencionales, puesto que el lenguaje es usado como instrumento de creación, de pensamiento y reflexión sobre la propia lengua y de humor al mismo tiempo (Nabarro, 1997: 146-149).

Hay otro aspecto del aragonés literario común que vale la pena destacar. Se trata de la vitalidad del léxico patrimonial de origen latino y prelatino y de su presencia palpable no solo en obras de carácter histórico, como es el caso de las novelas *Aguardando lo zierzo*, de Ánchel Conte, y *Palestra*, de Ana Giménez Beltrán, sino también en libros que tratan temas de actualidad. En cuanto a la pervivencia en el vocabulario de las lenguas iberorrománicas de voces cuyo origen se remonta a las lenguas autóctonas de la Península, suele decirse que en estas lenguas quedan muy pocas palabras tomadas de lenguas ibéricas tanto indoeuropeas

como no indoeuropeas de la época prerromana. En efecto, desde el punto de vista aritmético, o sea, elemental, las listas absolutas de voces prelatinas no son impresionantes puesto que oscilan, según autores, entre varias decenas y algunos centenares. Jesús Vázquez (2002), por ejemplo, recoge en uno de sus trabajos una muestra de más de doscientas voces de esta categoría, puntualizando que no se trata de una lista definitiva. Pero, por muy insignificantes que estas cifras puedan parecer en comparación con el número total de vocablos de que dispone cualquier lengua moderna, lo que destaca son los altos índices de frecuencia de las voces prelatinas en el aragonés literario común. Basta repasar una pequeña muestra de estas voces para reconocer su presencia palpitante en la obra de los autores más representativos de la literatura en aragonés (todas las voces de esta lista forman parte del diccionario básico del aragonés común elaborado por el autor de esta comunicación como resultado del trabajo con una treintena de títulos de libros en aragonés):

a) de origen no indoeuropeo: *abarca* 'calzado tipo sandalia', *arto* 'espino', *basa* 'balsa', *baruca* 'cavilación, bullicio', *barza* 'zarza', *buga* 'linde, mojón', *carrasca* 'especie de encina', *coscolla* 'especie de encina enana', *chordón* 'frambuesa', *gabardera* 'escaramujo', *lurte* 'alud', *mardano* 'morueco, carnero que se deja para padre', *sarrío* 'cabra montés pirenaica', *tozal* 'montículo más o menos alto y redondeado, colina', *tozuelo* 'cabeza', *zamarra* 'pelliza';

b) de origen indoeuropeo: *amagar* 'esconder', *arañón* 'endrina', *arnal* 'colmena', *bardo* 'barro', *baste* 'albarda para transportar cargas', *borguil* 'almiar', *bresca* 'panal de miel', *broxa* 'bruja', *buco* 'macho cabrío', *cantal* 'piedra de tamaño regular', *caxico* 'roble', *dalla* 'guadaña', *escai* 'retal, pedazo de tela' *garra* 'pierna, pantorilla', *purna* 'chispa', *turmo* 'peñasco', *zolle* 'pozilga'.

En esta brevísima lista de voces queda estampada la memoria milenaria de una lengua que renace en la obra colectiva de todos los autores que escriben en cualquiera de las variedades del aragonés, incluida la variedad común.

Otra fuente de la que se nutre el léxico literario del aragonés común son los textos correspondientes a la época del «despegue del prerromance»<sup>7</sup> o —utilizando el término tradicional— de la literatura aragonesa medieval de los siglos XI-XIV. He aquí tan solo un ejemplo. En el folio 28r de la versión aragonesa de la *Crónica de San Juan de la Peña* encontramos el pasaje en el que se cuenta el famoso episodio de las coles:

clamó el mensagero al huerto en el qual havia muytas coles et sacó un gauinet que tenía et teniendo la letra en la mano et leyendo talló todas las colles mayores que yeran en el huerto et fincoron las solas chicas. (Cit. por Nagore, 2003: 212)

Seis siglos después, en un poema escrito en aragonés común encontramos la misma palabra —*gabiñete*— en otro contexto teñido de los colores de la esperanza:

<sup>7</sup> Denominación que utiliza Carles Cepero Salat para la etapa de la evolución de la literatura en lengua aragonesa correspondiente a los siglos XI-XVI. Vid. Cepero (1999).

Con o roscadero de o deseyo  
por emplir  
y o gabiñete de l'asperanza bien esmolau,  
nos n'iremos ta o biello semontano.  
(Nabarro, 1985: 44)

Lingüísticamente hablando, tampoco hay una barrera que separe la literatura cultivada en aragonés común de la llamada *literatura dialectal*. El propio Chusé Inazio Nabarro ha insistido en más de una ocasión en la necesidad de «alimentarse» con todo tipo de locuciones y frases hechas tomadas de los hablantes patrimoniales y de los autores clásicos y dialectales:

ye imprescindible en ista fayena que tornemos á leyer á os «clasicos». Cal releyer toz os textos d'a literatura dialeutal en aragonés e totas as obras d'os grans autors en modalidaz cheograficas d'a nuestra luenga con güellos nuebos. (Nabarro, 2000: 21)

Como vemos, en esto Chusé Inazio Nabarro —y podemos decir lo mismo de muchos de sus colegas— coincide con la visión de lenguaje literario que postulaban, entre otros, Mirra Guchmann y Costanzo di Girolamo: el concepto del lenguaje literario cubre un campo enorme y reclama como propios casi todos los textos creados en cualquiera de las modalidades de una lengua determinada.

Para concluir, no me queda más que reiterar las tesis fundamentales de esta ponencia, presentada —repito— por un estudioso que se aproxima al aragonés y su literatura desde otra lengua y otra cultura.

Situados a poco más de un tercio de siglo desde las fechas en que salieron a luz los primeros poemarios de Francho Nagore (1971) y Ánchel Conte (1972), podemos constatar que la idea del aragonés literario común fue acogida por muchos escritores en lengua aragonesa, quienes, en palabras de Ángel Crespo (1997: 36), «sin atenerse a reglas previamente establecidas [...] y valiéndose de las distintas fables dialectales según la necesidad del momento», no tuvieron reparos en asumir el arriesgado papel de hacedores del idioma y acudieron a la palestra literaria de Aragón con una obra colectiva de sorprendente «espontaneidad, fluidez, riqueza y equilibrio». Cada autor aporta al proyecto común del modelo unificador su particular manera de *apalabramiento* de la realidad, sin que ello rompa en pedazos el nuevo paisaje literario, en el que cada flor brilla con su belleza y participa del concierto y armonía del cuadro considerado en su totalidad. Creemos por tanto que, para describir adecuadamente el actual panorama lingüístico de Aragón, se impone la necesidad de manejar, junto con el concepto de *territorios lingüísticos*, el de *espacios lingüístico-literarios*, entre los que destaca últimamente el de la literatura en aragonés común, que se eleva como una capa superior sobre los territorios particulares de las literaturas que se cultivan en hablas locales del aragonés.

Ahora bien, en este proyecto del aragonés literario común podemos ver una serie de factores que apuntan al objetivo estratégico de unidad como suma dialéctica de variedades, y uno de estos factores es el léxico, que se enriquece con todo tipo

de aportaciones individuales y, aprovechándose del fondo compartido del vocabulario patrimonial, va cobrando rasgos de un sistema coherente, equilibrado y rico que confiere al aragonés común inconfundibles señas de identidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bal Palazios, Santiago (2002), *Dizionario breu de a luenga aragonesa*, Zaragoza, DGA.
- Bustos Tovar, Eugenio de (1967), «Anotaciones sobre el campo asociativo de la palabra», en *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, Madrid, Gredos, pp. 149-170.
- Casares, Julio (1941), *Nuevo concepto del diccionario de la lengua, y otros problemas de lexicografía y gramática*, t. v de las *Obras Completas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1961), «La lógica del idioma», en *Cosas del lenguaje: etimología, lexicología, semántica*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 225-230.
- Cepero Salat, Carles (1999), «Introducción a un ensayo sobre la evolución de la poesía aragonesa», en Nagore, Rodés y Vázquez (1999), pp. 283-298.
- Ciprés Palacín, M<sup>a</sup> Ángele (1999), «La tierra y la *parabra* en la obra poética de Eduardo Vicente de Vera», en Nagore, Rodés y Vázquez (1999), pp. 299-312.
- (2001), «*Apuntes de un landán*, de José Damián Arbués: lectura de una crónica poética del Alto Aragón», en Nagore, Rodés y Vázquez (2001), pp. 379-392.
- (2004), «Una güellada á ras diferens estapas en a obra poetica de Chusé Inazio Nabarro», en Nagore (2004), pp. 223-262.
- Conte, Ánchel (1996), *O tiempo y os días*, Huesca, CFA.
- Cortés Alonso, Roberto (2004), «Bels comentarios sobre *Triptico de os tiempos de a postema*, de Chusé Inazio Nabarro (de l'ansayo que se fa nabata)», en Nagore (2004), pp. 263-270.
- Crespo, Ángel (1997), *La nueva poesía en aragonés*, Huesca, CFA.
- Di Girolamo, Costanzo (2001), *Teoría crítica de la literatura*, Barcelona, Crítica.
- Eijenbaum, Boris (1987), «Teoría del "método formal"», en Tsvetan Todorov (ed.), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI, 5<sup>a</sup> ed., pp. 21-54.
- Esteve, Luis (2002), «*No dexez morir a mía boz* e as luengas minoritarias d'Aragón», en Ánchel Conte, *No dexez morir a mía boz*, Piatigorsk, CENCESL, pp. 6-17.
- Esteve, Luis (2004), «Aproximación a la poesía elegíaca en *O tiempo y os días*, de Ánchel Conte», en Nagore (2004), pp. 387-390.
- Fernández Sevilla, Julio (1974), *Problemas de lexicografía actual*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Garrido Medina, Joaquín (1991), *Elementos de análisis lingüístico*, Madrid, Fundamentos.
- Goethe, Johann Wolfgang von (1987), *Fausto*, ed. de Manuel José González y Miguel Ángel Vega, trad. de José Roviralta, Madrid, Cátedra.
- Greimas, Algirdas Julien (1971), *Semántica estructural: investigación metodológica*, Madrid, Gredos.
- Guchmann, Mirra M. (1990), «El lenguaje literario», en Victoria N. Yártseva (red.), *Diccionario lingüístico enciclopédico* [Гухман, М. М., «Литературный язык», в В. Н. Ярцева (гл. ред.), *Лингвистический энциклопедический словарь*], Moscú, Enciclopedia Soviética, pp. 270-271.
- Lázaro Carreter, Fernando (2000), *Estudios de lingüística*, Barcelona, Crítica.
- Lorente, Mercè (1998), «Variació lèxica: de la idiosincràsia al tractament sistemàtic de la diversitat», *Caplletra*, 25, pp. 83-98.
- Machado, Antonio (1966), «Abel Martín», en *Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe, 11<sup>a</sup> ed.

- Mascaray Sin, Bienvenido (1984), *Benas, trallo y fuellas*: poemas en aragonés ribarozano de Campo, Huesca, CFA.
- Mukarovski, Jan (1977), «Lenguaje estándar y lenguaje poético», en J. Llovet (sel., pról. y notas), *Escritos de estética y semiótica del arte*, Barcelona, Gustavo Gili, pp. 314-333.
- Nabarro García, Chusé Inazio (1985), *O mirallo de chelo*, Huesca, CFA, 1985.
- (2000), «Biello idioma de loiras e paxarelas, de tu qué se fayó? (arredol d'a koiné aragonesa)», *Luenga & Fablas*, 4, pp. 9-22.
- (1997), *Tiempo de fabas*, Zaragoza, Xordica.
- (2006), *Reloch de pochá*, Zaragoza, Gara d'Edizions.
- Nagore Laín, Francho (1989), *Gramática de la lengua aragonesa*, Zaragoza, Mira.
- (1998), «Diversidad lingüística y variedad poética en Aragón», en Antonio Pérez Lasheras y Alfredo Saldaña (eds.), *Desierto sacudido. Actas del curso «Poesía aragonesa contemporánea»*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 363-384.
- (2001), «Política lingüística», en *Gran enciclopedia aragonesa*, Zaragoza, Urus Aragón, p. 185.
- (2002), «El aragonés hablado en el Alto Aragón: del bilingüismo diglósico a la sustitución lingüística», en *Actas / Proceedings II Simposio Internacional Bilingüismo*, Vigo, Universidad, pp. 967-986.
- (2003), *El aragonés del siglo XIV según el texto de la Crónica de San Juan de la Peña*, Huesca, IEA («Colección de Estudios Altoaragoneses», 48).
- (ed.) (2004), *Estudios e rechiras arredol d'a luenga aragonesa e a suya literatura, Autas d'a III Trobada (Uesca-Alquezra, 17-20 d'otubre de 2001)*, Huesca, IEA / CFA.
- (2005), «Peldaños en la normalización del aragonés entre 1974 y 2004: codificación, uso público, estatuto jurídico», *Revista de Gestión Pública y Privada*, 10, pp. 165-197.
- , Francho Rodés y Jesús Vázquez (eds.) (1999), *Estudios y rechiras arredol d'a luenga aragonesa e a suya literatura. Autas d'a I Trobada (Uesca, 20-22 de febrero de 1997)*, Huesca, IEA / CFA.
- , Francho Rodés y Jesús Vázquez (eds.) (2001), *Estudios e rechiras arredol d'a luenga aragonesa e a suya literatura. Autas d'a II Trobada (Uesca, 18-20 de noviembre de 1999)*, Huesca, IEA / CFA.
- Quintana, Artur (1999), «Chenesis y carauteristicas de l'aragonés común», en Nagore, Rodés y Vázquez (1999), pp. 31-42; reprod. en *Xandra: Estudios Aragoneses de Luenga e Literatura*, 2007, pp. 49-64.
- (2002), «Bellas considerazions sobre ro prozeso de normatibizazió de l'aragonés», *Caplletra*, 32, pp. 81-84; reprod. en *Xandra: Estudios Aragoneses de Luenga e Literatura*, 2007, pp. 83-86.
- Stepánov, Gueorgui V. (1997), «Diferenciación social y funcional de la lengua literaria de España y América Latina», en Guchmann, M.M. y Yártseva, V.N. (reds.), *Diferenciación social y funcional de lenguas literarias*, [Степанов, Г. В., «Социально-функциональная дифференциация литературного языка Испании и Латинской Америки», в М. М. Гухман и В. Н. Ярцева (отв. ред.), *Социальная и функциональная дифференциация литературных языков*], Moscú, Ciencia.
- Vázquez Obrador, Jesús (2002), «Aportaciones de las lenguas prerromanas a la conformación del aragonés», *Caplletra*, 32, pp. 35-51.
- Vidaller Tricas, Rafel (2004), *Libro de as matas y os animales*, Zaragoza, Consejo de Protección de la Naturaleza de Aragón.